

Raza, racismo y cultura en la Cuba del siglo XXI

María I. Faguaga Iglesias
 Historiadora y antropóloga
 La Habana, Cuba

¿Somos, realmente, un pueblo integrado?

¿Es posible serlo cuando mediatizan todas nuestras relaciones, en niveles perceptibles e imperceptibles, las construidas jerarquías de todo tipo, incluidas en primer lugar las etno-raciales?

El racismo puede serles, una irracionalidad, pero de ninguna manera una falacia¹. De esta manera pueden estarlo percibiendo —no me detengo en intencionalidades ni en su valoración— estudiosos que no pertenezcan a cierto grupo discriminado o que no lo sean por motivos específicamente etno-raciales. Los investigadores que etno-racialmente sean afro deberían evitar caer en la trampa de dar crédito a semejante enunciado de sus colegas, incluso si pareciera lógicamente fundamentado. Ser objeto y sujeto de racismo signa nuestras individualidades y se refleja en nuestros posicionamientos frente al tema a investigar, también si fuera el etno-racial. De ahí que negros/mestizos cubanos, colonizados o no psicológicamente, expresen conclusiones radicalmente opuestas respecto a nuestras complejas relaciones interracial.

Quisiera preceder la lectura del texto con una anécdota que se explica por sí misma, porque es un hecho con variantes contextuales, pero cotidiano, presente en cualquier esfera de la vida de las cubanas y cubanos; un hecho que nos viene desde el secular ayer, pero que evidentemente vamos prolongando hacia el mañana; una realidad que marca negativa y perversamente la vida de millones de nosotros y que se nos obliga a negarlo. ¿Por qué, si no, tenemos que acudir a la semiclandestinidad para expresarnos sobre ello? La respuesta va implícita en la anécdota y la conocemos todos y todas, pese a que se nos impuso que “*de eso no se habla*”; pese a que en los pocos, poquísimos, espacios institucionales en los que últimamente se haga, sea soslayando verdades fundamentales, esenciales y, en buena lid, un debate serio y profundo, amplio y honesto, verdades irrefutables.

Los martes en la noche, la emisora local *Habana Radio* transmite un programa que, según las llamadas telefónicas que recibe, tiene aceptación en toda la Isla. Aunque pocas veces le escucho, tengo la percepción de que esa aceptación no tiene distinciones de sectores sociales y despierta similar interés en profesionales



Panel con Lucas Garve, María I. Faguaga, Leonardo Calvo y Gloria Llopis

y amas de casa, religiosos o no, artistas de la mal llamadas manifestaciones de la cultura de élite o de la cultura popular, aunque pareciera ser mayor la presencia, al menos activa, de mujeres. Me refero al programa «Vivir cada día», conducido por el psicólogo Raúl Fuledá.

Este programa suele girar en cada edición alrededor de un eje temático, aborda tópicos que clasifican entre los de “autoayuda” e insiste en la búsqueda del equilibrio y la felicidad, en la necesidad de realización plena del ser humano y de la vivencia colectiva en lo que pudiéramos denominar “democracia”, en tanto menciona la horizontalidad, pero sin designarla con algún sustantivo.

En la noche del martes 19 de octubre, vísperas de la celebración del llamado Día de la Cultura Nacional, el programa radial versó cultura y salud, procurándose muy sucinta y quizás demasiado elementalmente conceptualizar lo que es salud y llamar la atención de que se diera como sobreentendido lo que es cultura, pues apenas se mencionó su definición. Como es habitual, hubo intervenciones telefónicas e invitados especiales alrededor de diez. Entre los

invitados, únicamente tres clasifican fenotípicamente como personas negras: la funcionaria Nisia Agüero, la escritora Maité Vera, y el cantautor Pablo Milanés. Y aunque se reincidió en el empleo de la expresión cultura nacional, la concentración de la música en temas como *La Bayamesa* y *Tres Lindas Cubanas* no mostraron, siquiera sonoramente, representatividad en cuanto al amplio abanico de influencias culturales presentes en la música cubana, ni hubo muestra mínima de algo que refiriera a lo afro —musicalmente tan importante y esencial en la música cubana—, a menos que escudriñemos en recónditos parajes rítmicos de la música radiada, lo cual es tarea de especialistas antes que de oyentes comunes, que somos la mayoría.

Comienzo con la anécdota porque las intenciones, quizás, puedan ser loables, pero el método diferenciador, excluyente e inferidamente jerarquizador, además de arbitrario e inoportuno, autoritario y afrentoso —consciente o inconscientemente—, emana de las amplias y profundas raíces de la discriminación etno-racial en la sociedad

cubana, que ya rebasada una década del siglo XXI. Por ello su empleo como preámbulo a este breve texto sobre la relación entre cultura y racismo, organizado como notas.

1.- El tema raza, tan viejo como la diferenciación fisonómica y fenotípica en el género humano (que ahora estamos en condiciones de conocer que varía apenas por cuatro o cinco genes) ha adquirido importancia especial con el decursar de los siglos, digamos que capital, en el acercamiento que sobre éste o en torno a éste hacemos las sociedades. Acercamiento y tratamiento que, pese a que todavía hay quienes lo pretendan, muy difícilmente conseguiríamos efectuar en singular.

El posicionamiento socioeconómico, político y etno-racial del sujeto que enfrenta la temática y/o actúa más o menos militantemente asumiéndolo como eje o en torno a éste, así como la experiencia que le confiere su pertenencia etaria, familiar, su nivel de instrucción y hasta la diferenciación sexual, entre otros elementos, signan y pueden condicionar el acercamiento y tratamiento del sujeto que encare el tema.

2.- El tema racial representa uno de los temas sociales de mayor complejidad y hondura: está presente en cualquier otro y, en paralelo, es transversalizado por todos. De ahí su excelsa complejidad y la confusión que tantas veces se desenvuelve en su acometida. En los últimos tiempos casi se ha convertido en moda calificar de racismo cualquier tipo de discriminación, como la sexual y la de género, en inextricable embrollo categorial y enmarañando los contenidos muy bien delimitados y diferenciados de raza, sexo y género. Sigue siendo saludable insistir en que todo intento de disminución afinado

en los roles socialmente contruidos de sexo y género, constituyen discriminaciones, pero únicamente se emparentan con la discriminación racial, con el sistema que representa el racismo, si comprende, además, el intento de disminución atendiendo a los rasgos fenotípicos y fisonómicos, a la coloración de la piel y el tipo de cabello, que son los atributos dados como contenido a la categoría históricamente construida de raza.

3.- Nuevos agregados se han ido endosando a la confusión. Etnia y etnicidad no solo son tomadas a veces como sinónimos, sino que la categoría etnia, más vinculada a la cultura y quizás precisamente por eso, se escucha u homologa en demasiadas oportunidades a la raza. Todos estos equívocos no nos ayudan a llegar a puerto seguro, pues lejos de favorecer entorpecen las apreciaciones y análisis sobre las múltiples aristas de tan complejo tema, enrareciendo consecuentemente el abordaje cotidiano de la difícil y dolorosa, dramática y traumática realidad cotidiana que implica el racismo, que es, de inicio a fin, lo más importante: que el Racismo no sea creación de laboratorio ni fenómeno para exhibición museable, sino opresión y dolor cotidiano para millones de millones de seres humanos, que afecta en profundidad y —para usar términos en boga— con integralidad toda la vida de generaciones.

4.- Por eso, como en la teología, es decir: el discursar sobre Dios y su existencia, aun cuando puedan parecer tan ajenos y lejanos, como en todo tipo de ideología más o menos concientizada, pero especialmente en las más arraigadas, se impone distinguir dos momentos fundamentales del tratamiento del tema racial: teoría (de mayor o menor empirismo) y práctica, la una y la otra como dos momentos de un todo, como elementos intrín-

secos e insoslayables, como continuidad y como paralelos, en estrecha comunión y obligado interaccionar.

Y todo ello, percibámoslo o no, nos tengamos en ello o no, marcha en estrecha interconexión con la cultura, ese ente supra que nos comprende a todos, que habiéndonos moldeado es a su vez nuestra creación, que oportunamente vamos todos recreando, enmendando o maltratando, ampliándola en sus márgenes y enriqueciéndola, o constriñéndola y empobreciéndola. Así, en un proceso que contiene muchos que, pareciéndonos otros que no necesariamente lo son, pues es desde los cánones culturales que nos son legados, esos que recibimos al nacer y a los cuales nos incorporamos con naturalidad y casi acríticamente para un día cuestionar y desechar o no, renegar o no —incluso si nos alejamos no significa que nos apartemos, incluso si nos apartamos no significa que nos olvidemos—, es que nos hacemos nuestras propias concepciones de la vida en cada una de sus facetas y que las ejercitamos.

Siendo la cultura polisémica y totalizadora, desde ésta nos proyectamos: ideológica y políticamente, artística y religiosamente, económica y sexualmente, ética e intelectualmente. Y lo hacemos partiendo de la cultura propia y de los elementos culturales ajenos que incorporemos en el decursar de nuestras vidas, al punto que pueden llegar a pertenecernos.

5.- Si de raza y cultura hablamos en esta Indoafrohispanoamérica —término empleado buscando mayor precisión, pero conscientes de que seguimos pecando de excluyentes, al dejar de lado otros imperios europeos y otras metrópolis del Viejo Continente que usurparon espacios territoriales y esclavizaron a millones de los pobladores originarios y de africanos—, estamos obligados a hacerlo en plural, como plurales fueron sus sociedades con anteriori-

dad y con posterioridad a la llegada azarosa e imprevista de los visitantes autoerigidos descubridores, esos que luego serían los conquistadores y evangelizadores, pretendidos civilizadores, que nos legaron esa pléyade de herederos blancos-criollos, iberodescendientes, quienes controlan monopólicamente hasta el presente, en casi toda la extensión territorial, el poder político, los poderes todos.

6.- Pero si de razas y culturas hablamos en este continente llamado Nuevo Mundo, no podemos obviar la estructura racializada impuesta por los europeos avasalladores y usurpadores a nuestras naciones, desde la siembra de las semillas de las que germinarían en su igualmente impuesta Modernidad. En esa ecuación originaria, y en su manipuladora perpetuación, se halla el atrofiado estado asimétrico de las relaciones en las cuales actualmente, mayoritariamente, sobrevivimos. Ahí radica la acentuada fragilidad y porosidad de los tejidos sociales de nuestras desniveladas naciones, de nuestras fragmentadas y por lo mismo inacabadas patrias.

ECUACIÓN

Europeos/ Blancos/ Cristianos/ Hombres / Heterosexuales: en la Cúspide de la Pirámide Social

VERSUS

Población originaria y africana/ No blanca/ Con sus religiones originarias y las recreaciones/ Hombres y Mujeres: en la Base de la Pirámide Social

7.- ¿Qué podría procrearse en esa enferma matriz? Solo naciones anómalas, eternizadoras de divisiones que alguna vez, a conveniencia, los racistas blancos-criollos nos unirían como quiméricas uniones naciona-

les, sin que hayan llegado en ninguna parte del continente a ser tales. Las sociedades funcionan —para bien o para mal, según se les encauce— como organismos vivos, y estos males se curan con adecuados medicamentos, que sociológicamente deben corresponder a inclusivos pactos sociales, o se gangrenan expandiendo su fetidez y putrefacción hasta que fenecen.

8.- Dos momentos fundamentales, con expresiones diversas, pudieran destacarse en el debate racial de la primera época colonial hispana correspondiente a esta Isla²:

Las polémicas en las Cortes Españolas respecto a la humanidad o no de los indígenas y africanos, que no de otra cosa trataban las discusiones sobre la existencia o no de alma en ellos.

El debate que se protagonizó entre cubanos negros³. Juan Gualberto Gómez y Martín Morúa Delgado, ambos hijos de esclavos, intelectuales, periodistas, con conocimiento del mundo exterior, ambos militantes antirracistas, pero portadores de dos visiones diferenciadas sobre las posibles soluciones a la situación de conflictividad interracial y de precariedad de la población negra. Sus controversias alcanzarían la etapa republicana y, pese a que nos las escamotean, quienes nos hemos interesado en la temática, teórica y/o militantemente, hemos tenido acceso a algunas que nos conducen y sumergen en un enjambre de interrogantes, entre ellas:

A.- ¿Por qué, hasta hoy, en la república que se dice socialista y debe tener como premisa primera el martiano ideario «con todos y para el bien de todos», se nos soslaya y hasta oculta y tergiversa a la población cubana toda el pensamiento de nuestros Padres Fundadores negros?

B.- ¿Por qué se es particularmente enfático en ese proceder si se trata de ocultarlo a la población negra?

Ambos por qué conducen de nuevo y con prisa a la cultura, a las culturas, a esta multiplicidad etno-racial que nos caracteriza sin que quienes reproducen la racializada estructura, la discriminadora institucionalidad, muestren alcanzar a aprehenderlas, pues habiéndolo se intuye que no sería tan inoportuno su tratamiento, porque es realidad fundamental que puede hacer peligrar el andamiaje con el cual y sobre el cual se sostienen sus posiciones de privilegios y sus prebendas.

Es menester coincidir con nuestros actualmente más destacados y serios teóricos cubanos del tópico racial, la mayoría ¿casualmente? en la abultada nómina de nuestros exiliados y desterrados. Los doctores Carlos Moore, Juan Benemelis e Iván César Martínez señalan que el racismo es el instrumento que aleja a la población negra, donde estemos, de los recursos y de las riquezas. Agregaríamos: pobreza material que se pretende nos invada también espiritual y psicológicamente, pues allí donde el discriminador en general, y en este caso el racista, ha conseguido apropiarse de la psiquis del discriminado, triunfó su sistema de opresión, de control y de dominación. No precisa el discriminador más que verificar la reproducción del sistema, que se encargará de reeditar y expandir el propio discriminado. Y el proceso de interiorización del mecanismo de dominación, es decir: la manifestación autoopresiva, se efectúa a través de la psiquis. De ahí la necesidad de apropiarse no sólo del cuerpo, sino también de la mente y de la espiritualidad.

9.- Para ello, en el caso del racista anti-negro, tan importante y fundamental como la lejanía del poder político del sujeto negro (objetivado hoy cual «pieza de ébano» ayer) es

mantenerlo alejado de su historia, falsificándosela o negándosela. El sujeto negro sin pasado de gloria será, muy probablemente, negro dócil y renegado, manipulable y humillado, anhelante de lo que nunca podrá alcanzar: la blanca apariencia del discriminador, del dominador o del blanco pobre que imita al opresor; será un negro traumatizado, condenado a manifestarse como la versión tropical del estadounidense Tío Tom; será el negro suspirando en su sempiterna añoranza de ser blanco por dentro, de pensar como los blancos y hacer las cosas como los blancos. Son aquellos por quienes las abuelas nos enseñaron —en drástica moraleja— que no hay peor cuña que la del mismo palo o, por los que exclamara alguna vez aquel grande del Partido de los Independientes de Color, que nunca un periódico como *El Triunfo* hubiera publicado «algo escrito por un negro si no hubiera sido una carta contra otro negro»⁴.

10.- Es imprescindible destacar la confusión o error fundamental que padecen los dirigentes y hacedores de políticas culturales en la Isla. En un mundo y en una sociedad cada vez más plurales y tendientes al pluralismo, continúa primando o imponiéndose el pensamiento binario: cultura contraponiéndose a incultura, cultura de élite(s) a cultura(s) popular(es), validándose desde la lengua y desde el lenguaje, desde el discurso y desde la praxis, muy caducas y equívocas conceptualizaciones. Se revalida un trasnochado y discriminador pensamiento positivista, del cual es heredero el marxismo originario, que clasificó, dividió y jerarquizó a las sociedades en cultas e incultas para reeditar la jerarquizadora clasificación entre supuestos civilizados e incivilizados, pensamiento eminentemente etnocentrista y, en este lado del mundo, hasta el presente absurda pero verídicamente eurocéntrico.

11.- Como hiciera en su momento Fernando Ortiz, en estas últimas cinco décadas se nos siguió hablando a los negros cubanos de superarnos culturalmente y también de su veterano y arruinado equivalente: civilizarnos. También se ha pretendido y pretende nuestra folclorización, cuando de lo que se ha tratado y se trata es de deculturarnos, arrancarnos nuestras culturas, mientras en la historia adulterada que nos han dado y siguen dándonos aparecemos como seres aculturados, sin cultura, como depósitos vacuos comenzados a rellenar con los contenidos que los iberos y sus descendientes decidieron y deciden que nos son asimilables y provechosos. Este provecho, por supuesto, no está en función no de nosotros, sino de ellos, pues el racismo, que siempre inventa al discriminado como incapaz, precisa que éste lo interiorice, procurando entre otras cosas mostrar y mostrarnos nuestras supuestas incapacidades, entre otras, de pensar, discernir, elegir, comportarnos según normas y valores propios.

Antes debíamos dejar de ser quienes éramos: negros; desasirnos de nuestras identidades afro para civilizarnos, queriendo decir con ello occidentalizarnos, pero no como estos occidentales que a pesar de todo somos, sino conforme a los patrones que se nos impusieran. Luego debíamos dejar de ser quienes éramos y somos para convertirnos en marxistas-leninistas, como si alguna ideología política pudiera sustituir a la cultura y no viviéramos la primera a partir de la segunda; tal vez, añadiéndose en este panorama una nueva confusión (sin propósito pretender referirlas todas): por marxistas-leninistas se interpretó fidelista, lo cual si no se experimenta en la subalternidad es, por lo general, equivalente a blanco-criollo. Pero en un caso o el otro perdura la constante de que los afrodescendientes debemos dejar de

ser, deculturarnos, despojarnos de nuestra siempre actualizada ancestralidad africana y afrocubana, para ser cubanos. Somos compelidos al abandono renegado de nuestras identidades culturales afro y de nuestra macroidentidad racial negra, a todas las cuales se les clasifica peyorativamente de primitivas, inferiores, salvajes... Nos trataron ayer como esclavos y hoy cual subalternos, lo que no necesariamente establece significativas diferencias en los estados psíquicos ni en la autoestima. Se nos endosa segundona y no equitativamente a una cultura que se pretende macro y se autopercebe como superior: la cultura cubana, comprendida como ente imaginariamente definido, de ascendencia raigalmente ibérica e hispana, portadora de una religión (el cristianismo en su versión o denominación católico-romana, que escasamente y, por lo general, malamente practicamos) y hacedora de una danza (el zapateo) que se nos escurre entre «la memoria y el olvido»⁵, sobre todo en el olvido.

12.- Si la cultura es lo primero que, en la familia y por medio de ella, posee el ser humano tras su alumbramiento, entonces no cabe duda: los cubanos somos ya culturalmente racistas, pues en la casa y con los primeros comentarios de familiares, amigos y vecinos aprendemos e iniciamos el camino de aprehensión de las primeras lecciones al respecto. En el hogar conocemos prontamente cómo clasificar según nuestra apariencia y las preocupaciones por que permanezcamos igual o nos «atrasemos», es decir: se oscurezcan la piel y los ojos, se tornen rizos o más rizos los cabellos durante el crecimiento; aprendemos que de «avanzar» puede depender que recibamos más o menos afectos, o ninguno, de familiares y de los demás; comenzamos vagamente a intuir que nuestro

futuro dependerá de eso que llaman raza y nos sentimos privilegiados o no concediéndole excesiva importancia (el segundo caso es verdaderamente excepcional entre cubanos) si se clasifica entre los blancos. Sabemos y experimentamos la desconsideración e intento consecutivo de disminución en la medida en que nosotros podamos separarnos de la clasificación de negros. En corto tiempo iniciamos el recorrido por el mundo. El círculo infantil y la escuela se encargarán de reforzar esos patrones, ampliándolos en su empleo. Así, las lecciones primeras del racismo y los traumas respectivos nos llegan de parte de aquellos a quienes solemos querer más y que se supone más nos quieren: madre y padre, familiares en general, amistades y maestros.

Si somos más del 70 % de la población de la Isla nacidos después de 1959, y si estos y muchos otros hemos sido (mal)instruidos, adoctrinados, o como quiera interpretarse y llamarse, en los presupuestos (más bien dogmas) del ecléctico pensamiento marxista-leninista-fidelista (dicen que también martiano y guevariano), y si el nuevo orden político y social no desestructuró la racialización que estuvo en nuestro fundamento precario como nación y ha pervivido durante la república en armas, la república burguesa y la república castrista, entonces los cubanos así (mal)educados podemos ser calificados como «marxistas-leninistas-castristas-martianos-guevarianos-racistas» o, en su lugar, portadores de cualquier ideología política y paralelamente racistas. En todo caso, hemos andado y trabajado casi en soledad y muchas veces casi a ciegas e instintivamente, en contra de las discriminaciones raciales, del racismo sistematizado e institucionalizado, ese tipo de enraizada conciencia que ya casi pareciera venirnos genéticamente incorporada... Casi, pero como no lo es nos permite accionar para identificarlo, decodificarlo y procurar



Vista general del Foro

emprender su difícil, pero no imposible, desestructuración.

13.- Cuesta creer que, únicamente por las menciones que hiciera sobre el tema racial en algunos de sus discursos iniciales tras el primero de enero de 1959, el líder del nuevo gobierno estuviera preocupado realmente con el racismo, que en Cuba es fundamental y esencialmente antinegro, pese a que los exclusivos cortos mostrados por la TV nacional muestren lo contrario, dejándonos a la población negra cubana, por obra del ---¿arte? de los medios de comunicación, como racistas anti-blancos, induciendo una falsa y muy peligrosa idea con tal de hacer traslación de su responsabilidad histórica.

No obstante afirmaciones que indican lo contrario, sí hubo preocupación explícita en los intelectuales cubanos, específicamente afrocubanos (término aquí apropiado, pues

implica pertenencia etno-racial y conciencia de esta, lo que conlleva la militancia negra) sobre la necesidad de que el naciente Estado se plantease políticamente la situación de conflictividad etno-racial, de desventaja histórica de la población negra, para trabajar pronta y sistemáticamente en desmontar el andamiaje racializado de toda la estructura social, incluido el aparato de gobierno. El maestro Walterio Carbonell, su discípulo y hoy premiado Carlos Moore, y el Dr. Bencomo, fueron algunos de los que muy tempranamente, con voz alta y directa, señalaron y pretendieron que el nuevo gobierno incorporara, desde 1959, el peliagudo tema raza como uno de sus ejes fundamentales de acción. La respuesta a los tres, como a otros (los sindicalistas afrocubanos, por ejemplo) fue invariablemente la misma: desidia, destierro, encarcelación, insilio.

14.- A ellos seguiría la preocupación y ocupación de la generación de la casa editorial El Puente. Iván César Martínez, Juan Benemelis, Rogelio Martínez Furé, Inés María Martiatu, Tomás Fernández Robaina, Tato Quiñónez, y otros, aunque pueda pensarse lo contrario con relación al tratamiento que aparentemente se les ha dado en momentos y contextos particulares, corrieron suertes similares a las de quienes pocos años antes les precedieran. No ha sido muy diferente la suerte de las generaciones que les sucedemos y de ello pueden dar fe algunos de los opositores y disidentes en activo, o profesionales que se desenvuelven dentro o al margen de la estructura establecida. La detención y golpiza (octubre 7, 2010) contra las activistas afrocubanas Sonia Garro y Mercedes Fresneda, así como la muerte prácticamente inducida del también opositor negro Orlando Zapata Tamayo y la represión que está sufriendo toda su familia, incluida su mamá, Reina Luisa Tamayo, dan cuenta del ensañamiento del gobierno con la población negra, de la cual está menos dispuesta a aceptar su disconformidad y rebeldía, críticas e impugnación, que de cualquier otro sector social, pues por su obligado posicionamiento en la subalternidad, aviesa, falsa y cruelmente asociada al elemento secundario de la caracterización etno-racial, no la cree digna ni competente para actuar.

15.- Cultura y política han pretendido imponerse unilateralmente, en singular, con una sola pigmentación epitelial: blanca, y con un solo fundamento ideológico: ¿marxista?, desde el poder político. Esta unilateralidad data de los largos y conflictivos siglos de total atadura a la metrópoli. Por ello, cuando entre cubanos hablamos de razas o de culturas, o de sus contenidos, seamos

o no concientes de ello, estamos hablando de relaciones de poder atrofiadas, muy atrofiadas. Y querámoslo o no, estamos posicionándonos en el escenario y en la cartografía política nacional, regional, continental, internacional y transnacional.

16.- He ahí la razón por la cual nos convertimos, o nos perciben el Poder o los Poderes, como entes peligrosos y hasta temerarios: y si somos personas negras, como mal agradecidos, desafiantes, delincuentes e indolentes, entre otras muchas clasificaciones vejatorias que expresan la carga racializada de su aplicación. Esos son los calificativos acusatorios y denigrantes, incriminadores y despreciativos aplicados a las personas, especialmente si son negras, que dirigen su atención a la situación de conflictividad social en la Isla, con mayor rigor aplicados a quienes nos centramos en la situación etno-racial. Según esa visión, inequívocamente racista antinegra, los blancos son opositores políticos, disidentes y camajanes, confundidos y equivocados, manipulados e incluso apátridas y agentes enemigos. Los negros somos delincuentes y tratándose de mujeres somos, además, chusmas y negras monas.

17.- Negras y negros seguimos siendo en la Cuba actual los subalternos en la Historia Patria, que no nacional; los parientes económicamente pobres, porque continuamos siendo el amplísimo sector más oprimido y explotado, en el cual merecen capítulo aparte, por la complejidad de su situación, las mujeres negras. Esta es la realidad que no deberíamos continuar dudando los afrocubanos. A menos que pretendamos permanecer, por los siglos de los siglos, en la nada ventajosa ni edificante condición y situación del subalterno.

18.- Hasta la actualidad, nos desenvolvemos atrofiada y dramática, traumática y enfermizamente, en una nación íntegramente racializada. Esto urge a interrogarnos:

Primero: ¿Qué es la patria?

Segundo: La población negra cubana, ¿tiene patria?

La nación que debió haber cristalizado ya, la que nos contemple a todos los sectores en equidad, prosigue a la espera, congelada en el imaginario de una parte y sin llegar a hacerse presente en el imaginario del resto. La nacionalidad prosigue sesgada, dividida y jerarquizada. El mestizaje, que en Cuba tiende a ser extendidamente concebido como mulatez, pese a criterios en contra sostenidos durante décadas por no pocos de sus intelectuales, no ha significado la anunciada solución al problema etno-racial y ha venido contribuyendo a mayor complicación. No alcanzamos aún la integración y, en todo caso, la acendrada intolerancia característica de la cultura que vivenciamos obstaculiza el camino hacia la comprensión y convivencia enriquecedora en y desde las diferencias. Eso nos entorpece, alarga y extravía los caminos hacia su encuentro.

19.- Llegados a este punto retorno a la anécdota inicial. No hubo extrañamiento verdadero en la manera de estructurar el programa radial que se presumía y se proponía homenajear la cultura nacional cubana. Su propuesta es una visión decimonónica de la cultura y de lo nacional, que goza de amplia vigencia en este siglo XXI. Pero:

¿De qué cultura nacional nos habla un Ballet Nacional de corte europeo, con extendísimas y trascendentes prácticas racistas en su conformación, desde el acceso a sus escuelas, pudiéndose contar con los dedos de las manos las figuras negras que han conseguido introducirse y obtener reconocimiento; con unos gru-

pos autónomos que, pretendiendo mixturar el amplio panorama danzario, son condenados a cortas e imperceptibles vidas por la falta de apoyo institucional?

¿De qué cultura nacional se nos habla cuando folclorizan todo lo que no tenga proceder europeo; cuando se brindó la mayor y más simbólica plaza del país al fallecido pontífice católico-romano, Juan Pablo II y casi se dio carácter clandestino a la visita de Oni de Ifé, patriarca de los afroreligiosos con prácticas de origen yoruba asentados en cualquier parte del mundo?

¿De qué cultura nacional se habla cuando se constriñe y condena a las personas negras en representaciones estereotipadas que nos sitúan bajo sospecha aun antes de nacer y que, tras nuestro nacimiento en esta Isla, que debería ser hogar común, acogedor y feliz para todos los aquí nacidos, sin distinciones de razas ni de culturas, de orígenes socioeconómicos ni de posicionamientos políticos, de preferencias sexuales ni de diferencias de géneros, de pertenencias etarias, entre otras, nos enjuician, penalizan y sentencian a la expiación sempiterna, y hasta puede que se nos incomunique, siempre al amparo y con fundamento en clasificaciones y jerarquizaciones de todo tipo, asimismo etno-raciales, incluso para considerar estas como agravantes?

¿De qué cultura nacional hablar a los niños y niñas, a quienes por el color de su piel muy probablemente se les condenará a las peores condiciones de vida y se les imposibilitará emplear recursos dignos para salir de su miseria, criticándoseles por todo aquello a lo cual se les obliga?

Si la Cultura es una construcción y recreación de esta históricamente contextualizada, ¿por qué programas como el antesmencionado promueven la visión estereoti-

padamente blanca-criolla de la cultura, que es decir la historia? ¿Por qué hace lo mismo, a la inversa, esa academia que nos dicen es cubana y, sin embargo, sigue siendo blanca y amplia y manifiestamente racista antinegra? Entonces:

¿Qué es lo cubano?

¿Qué somos la población negra de este país y cómo nos ven nuestros connacionales blancos?

¿A cuál tipo de integración se nos ha venido conminando, como no sea en subordinación?

¿Por qué se nos vende fundamentalmente a las mujeres negras en las portadas de promoción turística, que buscan atraer moneda dura?

¿Cuál se nos está diciendo que debe ser nuestro aporte a la economía del país?

¿A qué se induce con ello a nuestras niñas negras?

20.- De todo eso se trata, y de más, mucho más, cuando mencionamos siquiera a vuelo de pluma la interrelación entre raza, racismo y cultura. De todo eso, y de más, cuando inicialmente referimos la anécdota del programa radial que, en apariencia de ingenuidad (y puede que irreflexivamente, pues el racismo está allí y ha echado raíces en lo más profundo de la conciencia colectiva de blancos supremacistas y de negros eternamente subalternizados), transmite una

conciencia racializada, blancocéntrica y eurocentrista, de la sociedad cubana ya entrado el Siglo XXI.

21.- A la población negra cubana nos sobran los motivos para la inconformidad. Aún más, nos sobran los motivos para el disgusto y la rebeldía, la reflexión y el batallar. La verdadera nación cubana está construyéndose, lleva siglos de cocción y nosotros, como en el pasado de esclavitud formal y legal, de látigo y de barracón, de perros rastrosos y de cepo, venimos haciéndolo desde el cimarronaje y el apalencamiento: ¿hasta cuándo?

Reiteraría finalmente: no es casual que encuentros como éste tengan carácter de semiclandestinidad, que no se puedan promover entre los interesados y que por lo mismo acuda una ínfima representación. Tampoco es casual que estas reflexiones apenas consigan trascender estos pequeñísimos y rarísimos espacios, que no dudamos puedan ser considerados por el poder como subversivos. ¿Hasta cuándo? Debería corresponder a todos los cubanos y cubanas, de cualquier origen etno-racial, de todo color epitelial, asentados en cualquier parte del mundo, preocuparse y ocuparse por la situación. Mientras no suceda, corresponde a negras y negros cubanos investirse conscientemente con su macroidentidad afrocubana y actuar por sí, lo que necesariamente significa actuar en el empeño de construir la verdadera nación cubana.

Notas:

- 1- «La falacia e irracionalidad del racismo, que tiene un marco totalmente adecuado y funcional en la estructura económica, política y social del sistema, permite crear una alianza, tácita o explícita, consciente o inconsciente [*al margen de las diferencias de clase*] que coadyuva eficazmente a los resultados de la perpetuación del sistema». Cf.: Asturias Amado, Rodrigo. *La verdadera magnitud del racismo*. Tomo I, Guatemala, 1971, página 4.
- 2- Época colonial primera, entre 1492 y 1898. La segunda sobrevendría casi al inicio de la era formalmente republicana o de la república burguesa instaurada excluyente y racializadamente tras la independencia, cuando los generales, blancos criollos, de la contienda independentista, importaron desmesuradas cantidades de ibéricos con afán sin par de «blanquear» a la sociedad cubana. La tercera época colonial está en curso y pudiéramos denominarla «reconquista formal» y se inició a fines de los años 80 del siglo pasado. La colonización no ha parado, pues ¿quiénes controlan al más alto nivel todos los poderes en la república socialista?
- 3- Cubanos negros. Esta clasificación quizás, desde alguna perspectiva analítica, pudiera interpretarse o identificarse como redundancia, si nos atenemos a la realidad de que, no contando con el referente de una soñada o real Madre Patria hacia la cual volver los ojos y a la vez añorar, en la cual depositar sus esperanzas y sus afectos, al afrodescendiente nacido aquí no quedó otra opción que cubanizarse, es decir: enraizarse con premura.
- 4- Fermoselle, Rafael. *Política y color en Cuba. La guerrita de 1912*, Madrid: Editorial Colibrí, s/f, p. 107. En agosto de 1907, el Directorio de la Raza de Color de la provincia de Camaguey emitió un documento, dirigido a los cubanos negros inconformes con la situación de su raza en la recién inaugurada etapa legalmente republicana, con intención declarada de no intentar la creación de un partido racializado, sino unir a su raza en el establecimiento de «una organización que nos permita ayudarnos mutuamente; (...) trabajar por el progreso de nuestra raza en el orden económico, moral y político» (p. 100). Sus integrantes podrían responder o pertenecer a cualquier partido político. Recalcaban la necesidad de que la población negra pudiera ejercer la ciudadanía legalmente reconocida, que las instituciones eliminaran las exclusiones de su raza y que se fomentara el mejoramiento intelectual a través de centros de enseñanza. Además, instaban a los partidos políticos a opinar sobre los derechos de los cubanos negros. Manifiestos similares se promulgaron en gran parte de la Isla. Con la participación de intelectuales y activistas negros hubo un fuerte debate en torno a la necesidad o no de que la población negra solicitara abiertamente el reconocimiento de sus derechos. En 1908 concurrieron al debate Evaristo Estenoz y el comandante Tomas Aguilar, vicepresidente del Comité Liberal de San Juan de las Yeras. Aguilar envió una carta pública a Estenoz, que aparecería en *El Triunfo* (febrero 17, 1908), felicitándole por sus deseos de mejoras para los cubanos negros y añadiendo que consideraba lucha inoportuna, dada la presencia estadounidense en la Isla, ya que en aquel país los negros eran tan maltratados como en ningún otro lugar. Consideraba que los negros no deberían tener movimiento independiente ni demostrar su disgusto al poder extranjero, pues con ello peligraría la república; que los negros debían unirse al Partido Liberal, cuyo futuro gobierno, para el cual se postulaba José Miguel Gómez, eliminaría las exclusiones racistas. Tres días después apareció en *El Triunfo* la respuesta de Estenoz con queja de la dificultad para publicar su réplica. Señaló que la situación de la población negra en Cuba y en EE.UU era diferente, porque los afrodescendientes cubanos «debían sus dificultades a la falta de acción en el presente» y los estadounidenses, «a su falta de acción en el pasado». Apuntó que los blancos cubanos habían empleado las dos intervenciones estadounidenses como pretextos para no reconocer a los negros total participación política y que no esperaba que, de ser elegido José Miguel Gómez como presidente, apoyara la causa de los negros.
- 5- Benemelis, Juan. (ed.). *La memoria y el olvido. Syllabus afrocubano*. Kingston (Jamaica): Editorial Ceiba, 2009.